

BLAS DE OTERO Y SU COMPROMISO SOCIAL

Pedro García Cueto

Con Blas de Otero descubrimos al hombre que, en el poema “A la inmensa mayoría”, se compromete con el hombre, sabe, a ciencia cierta, que el mundo interior no brota si no hay un afán solidario con sus hermanos.

Se trata de un poema compuesto por cinco cuartetos endecasílabos, con excepción del último verso, un heptasílabo. En la primera estrofa aparece el hombre “en canto y alma”, un hombre interior que, de repente, baja a la calle y rompe sus versos. La toma de contacto con la realidad le lleva a tomar esa decisión.

En la segunda estrofa aparece el hombre “echando espuma por los ojos”, rara alusión porque debería echarla por la boca, se trata del hombre herido en la mirada, por el horror de la Guerra Civil y la miseria de la posguerra.

Pero el hombre, pese a estar herido, está “ebrio de amor”, aún cree en el ser humano, en el afecto, en la solidaridad. La huida “sin saber adónde” no puede ser más decisiva: “a donde el aire no apestase a muerto”, clara alusión al millón de muertos de la Guerra Civil. Blas de Otero huye, lejos de la violencia, buscando un edén, un refugio del horror.

El paisaje contiene “tienda de paz” que le relaciona con los brazos, afecto a manos llenas, pero esa paz contrasta con el odio, en clara antítesis porque el odio sigue ahí, ese recelo ancestral del español, esa cainita lucha consigo mismo.

La exclamación es una llamada de atención: “¿Aquí! ¡Llegad!” en alusión a los ángeles atroces (los aviones que los nazis o los soldados de Franco iban dejando en las ciudades llenos de bombas y de muertos), los barcos son “horribles peces de metal”, hay una personificación, los peces no son horribles y no son de metal, estos adjetivos son degradantes y pretenden crear símbolos para hablar del horror de la Guerra.

Esta visión apocalíptica del autor es un ejemplo de su búsqueda de armonía, tras tanta violencia.

En la última estrofa dice: “Yo doy todos mis versos por un hombre en paz”, esa entrega emociona, su poesía vale poco si el mundo agoniza entre muerte.

El hombre “en carne y hueso”, hombre que es esencialmente humano, dice “mi última voluntad” como si fuese a morir, como un epitafio, como los últimos estertores del hombre que ama la vida, pero que solo ve un paisaje de muerte.

Dice una fecha “cincuenta y tantos”, en la posguerra española, en los años en que el poeta vertebró una obra de denuncia, donde la crítica a ese Dios que deja al hombre solo, que no sabe qué hacer ante la barbarie del mundo.

Fueron los años de libros como *Redoble de conciencia* (1951), en ese anhelo de encontrar a Dios, también los de *Ancia* (1958), sin olvidar uno de los más hermosos *Pido la paz y la palabra* (1955), donde el afán de solidaridad humana se cumple, como le ocurrió a Vicente Aleixandre en “Historia del corazón”, un libro donde el hombre cansado de sí mismo y de su ensimismamiento mira al otro para cumplir un rito, el del amor hacia sus semejantes.

Blas de Otero, ahora que se cumple su centenario, logró una obra hermosa, delicada, llena de verdad y humanidad que debemos reivindicar. Nunca eludió su compromiso social, como en la obra de Gabriel Celaya, otro de los grandes nombres de esa importante década, los cincuenta, para nuestra literatura.